INAUGURACION

DEL SEGUNDO AÑO

DE LA SOCIEDAD PRIMARIA ROMANA PARA LOS

INTERESES CATOLICOS.

DISCURSO

DEL PADRE ALEJANDRO GALLERANI D. L. C. D. J.
Y RELACION DEL AÑO PRIMERO 1871
PRESENTADA POR LA PRESIDENCIA
A LA SOCIEDAD.

Domino Christo servire
S. Pablo Col. 3. 24.

Traducído del italiano y dedicada para la Comicion central á la "Sociedad Católica de México."

Edicion de La Voz de México.

MEXICO.—1872
IMPRENTA A CARGO DE M. ROSELLO.
Escalerillas número 21.

Frater qui adjuvatur á fratre,
quasi civitas firma.
Prov. 18. 19.

I.

Este año que declina, este 1871 ha visto efectuarse grandes cambios por donde quiera, pero, sobre todo, en esta gran capital de un reino divino, que tiene por confines los del mundo. Ha visto Roma en estos últimos meses nuevos hombres, nuevas cosas, nuevas instituciones: unas cosas son buenas, otras pésimas: unas que han germinado de su propio seno, otras importadas como una merced del extranjero, y todas ó directamente producidas, ó indirectamente ocasionadas por acontecimientos luctuosos que deploramos, y que el dolor mismo nos prohibe recordar.

Entre las nuevas instituciones que han salido á

luz este año, ocupa ciertamente un lugar distinguido aquella sociedad de nombre y de espíritu verdaderamente Romana, que se denomina "de los Intereses católicos:" aquella Sociedad á la que perteneceis de uno ó de otro modo la mayor parte de vosotros, señores que me escuchais. Tuvo su nacimiento en el luto y en la tristeza en medio de mil trastornos religiosos y sociales: dió una mirada en torno suyo, y viendo abandonados los Intereses católicos por quien habria debido protegerlos con mayor eficacia, deliberó tomarlos á su cargo, y, segun su naturaleza y sus fuerzas, de acuerdo siempre con la autoridad eclesiástica, sostenerlos y promoverlos con todo ardor: acordándose bien de aquellas palabras del sábio: *Frater qui adjuvatur á fratre, quasi civitas firma.* Hoy cuenta la Sociedad casi un año de vida, y recorrido e primer estudio de su carrera. El viajero que se ha fijado una jornada lejana y fatigosa, vuelve de cuando en cuando la mirada hácia atrás, para medir con la vista el espacio que lleva andado, y aquella mirada lo conforta dulcemente de las fatigas que ha sufrido, y al mismo tiempo le sirve de estímulo para proseguir animosamente el largo camino que aun le resta. Así es con vosotros, señores: próximos á tocar el primer término de vuestra laboriosa carrera, es muy natural que mireis

el camino andado, y que os pregunteis á vosotros mismos: ¿cuánto hemos recorrido hasta aquí? A tal pregunta he venido á responder; y puedo hacerlo con tanta más franqueza, cuanto que no hablo en causa propia. Hablo de una Sociedad que estimo y venero profundamente, pero á la que soy extraño del todo. Hablo de una Sociedad que observo con ojos de espectador no indiferente, no sin duda, pero simple espectador.

Así es que mi respuesta no podrá en justicia parecer á nadie ni sospechosa, ni vanidosa. Y, por otra parte, la pura y simple verdad de las cosas expuesta de este modo por un lábio imparcial, confio en que vendrá á parar no en una estéril recomendacion del pasado, sino lo que importa más, á una nueva excitativa para lo de adelante.

II.

¿Qué ha hecho, pues, hasta aquí la Sociedad Primaria Romana para los Intereses católicos?

Me parece incontrastable, señores, que el hecho solo de la existencia de una Sociedad tal, y aun prescindiendo por ahora de sus obras, es ya por sí mismo un bien precioso, una ventaja de gran valía, supuesto que esta grande Asociacion con el nombre mismo que lleva escrito sobre su

frente dice á un siglo frio é indiferente que hay hombres en cuyo pecho late un corazon no frio ni indiferente para los intereses católicos, sino ántes bien, lleno de zelo, de solicitud, de santo ardor: hombres que no imitan al árabe del desierto, que viendo incendiarse la cabaña de su vecino y amenazada del fuego la suya, permanece sentado á la puerta, con los brazos cruzados y fumando tranquilamente las últimas hojas de su tabaco. Tal era en alto grado la llaga mortal de nuestro siglo; la frialdad, la indolencia, la apatía religiosa, por la cual muchos espíritus avaros y mezquinos encerrados todos en el mísero cerco del yo, no daban un solo pensamiento á los intereses de la religion. Y á esto contribuia no poco, acaso, aunque indirectamente la paz externa de que se gozaba, y el saberse que no faltaba sobre la cima de Sion quien velara solícito por tales intereses, con voluntad y poder de proveer á ellos. Pero una vez que este poder fué arrancado por fuerza de la mano en que descansaba; una vez que los centinelas de Sion fueron reducidos á la dura condicion de tener que verlo todo sin poder impedir nada, hé aquí levantarse corazones magnánimos y generosos para venir en su auxilio y correr á la defensa donde quiera que la necesidad lo exigiese.

¿Y quiénes con estos hombres? ¡son nuevos Aaro-

nes, nuevos Levitas, personas, en suma, que por su carácter pertenozcan á la custodia del Templo ó del Tabernáculo? No, no son de la tríbu sagrada, son de las varias tríbus de Israel sin distincion. No faltan, es verdad, los hijos de Leví, pero las tríbus de Manasés, de Ruben, de Simeon, y así hasta la de Benjamin, todas han dado su contingente de la flor más bella de sus hijos. Y no se vaya á pensar que estos quieran renovar la temeridad de los Oza con extender una mano irreverente sobre la Arca de Dios, sino que, como los Gedeones, quieren á toda costa defenderla y sostenerla. A la manera que en ciertas guerras contra la patria todo ciudadano viene á ser soldado, así en ciertas luchas contra la Iglesia todo cristiano viene á ser sacerdote y se fija animoso en torno del altar.

¡Oh! cuán bello es el espectáculo de esta falange sagrada en que figuran mezclados el esplendor de la púrpura, la nobleza de los escudos, la magestad de la toga, los emblemas de las artes y de la industria, y todos los distintivos de las diversas clases sociales, hermanándose y uniéndose en un solo pensamiento, cual es el de defender lo que hay de más sagrado, la religion. ¡Oh! cuán sublime es la muestra que dá de sí esta grande reunion de tantos jóvenes en la flor de los años y en

el brio de la vida; de tantos gravísimos padres de familia que con el cargo de la esposa y de los hijos, y rodeados de mil cuidados domésticos y temporales, han sabido encontrar tiempo, actividad y dinero para acudir afanosos á intereses de una esfera del todo diversa, asemejándose en esto á los Israelitas del tiempo de Neemías, que miéntras con una mano se ocupaban en reconstruir los muros de su patria, empuñaban con la otra la espada, prontos siempre á defenderse de sus enemigos.

III.

Cierto que á cada paso aparecian los obstáculos para impedir tan buena obra. Habia que afrontar las arengas de los malvados, las invectivas de la imprenta libertina, los celos, las contiendas, las contradicciones y otros mil impedimentos que se presentaron desde el punto de partida; pero todo fué vencido con gozo de los buenos, con ira de los malos, teniendo ambos razon. No faltó entre estos últimos quien supiera reconocer vuestro mérito, apreciándolo lealmente, y escucharse de entre sus filas una voz que les preguntaba, *si habian jamás constituido una sociedad igual á la vuestra*, y excitarlos á aprovecharse de vuestras mismas lecciones.

Y en verdad, al mirar una sociedad ordenada á un fin tan noble, organizada con tanta maestría,

compuesta de tantas y tan notables personas, viviendo en medio de circunstancias pésimas, luchando contra obstáculos tan formidables, ¿quién hay que no vea en su sola existencia una grande leccion dada á nuestro siglo todo material y sensual; una leccion que le enseña prácticamente á salir de la materia en que él se sumerge todo, y extenderse á un órden de cosas mucho más digno de una alma inmortal; una leccion que suponiendo este órden y cuidándolo, viene con esto mismo á cuidar el máximo entre los intereses católicos y que los compendia á todos? ¿Quién no vé en esta Sociedad que se inspira en principios tan altos y sentimientos tan nobles, una oposicion permanente al espíritu de impiedad que se difunde en daño de la Ciudad Santa, una protesta elocuente contra los errores y los escándalos que se vienen introduciendo cada dia; un dique levantado contra el torrente de iniquidad que se desborda; y, para decirlo todo de una vez, quién no descubre á la Roma Cristiana alzando magestuosa la frente contra la Roma Pagana que revive?

¿Me permitireis, señores, que os abra todo entero mi pecho? pues francamente os diré que cuando veo en tal maldad de tiempos tanto fervor de zelo, mayormente en la parte seglar; cuando considero todas esas admirables Asociaciones católi-

cas, y la vuestra principalmente, señores, encuentro ménos duro doblar la frente á los desgraciados trastornos que dieron ocasion á tales manifestaciones, y respiro con mayor libertad. Mas no se vaya á alterar mi pensamiento. Bien sé que así como no es lícito hacer el mal para que de ahí resulte el bien, tampoco se puede desear que acontezca, ni complacerse de que haya acontecido, y más ciertos males que no tienen compensacion!

Pero una vez que el mal haya venido, en el acto mismo de detestarlo, bueno y lícito es complacerse del bien á que ha dado ocasion, tanto más, cuanto que el mismo Dios en su bondad y providencia no permitiria el mal, si no fuera para sacar de él algun bien. Pues ahora, entre los bienes que el Señor ha sacado de los males que deploramos aquí en Roma, reputo no el último, y sí, acaso el primero, las Asociaciones católicas, y la vuestra singularmente, con su organismo, con su zelo, con su fervor. La guerra actual contra la Iglesia ha hecho mal á los malos, que se han hecho mucho peores: ha hecho mal á los vacilantes que, como cañas débiles, se han dejado doblar de donde soplaba fuerte el viento; pero en los verdaderos cristianos, en los firmes católicos, en vosotros, señores, ¡oh! cuánto bien no ha producido! ha reforzado mucho mas la fé en vuestros corazo-

nes, haciendo saltar de ellos, en fuerza del choque, no chispas, sino llamas vivísimas de santo ardor. Ante el espectáculo de tanto entusiasmo religioso en hombres que no son de la Iglesia ni del Claustro, sino seculares, bendigo al Señor, porque si en el juego de la tribulacion se ha liquidado el plomo, el oro de Sion ha brillado más refulgente, y porque de en medio de las tinieblas la luz ha despedido sus fulgores, y de entre las espinas han brotado las rosas. *Benedictus Deus et Pater Domini Nostri Jesuchristi, Pater misericordiarum et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* 2. Cor. 1. 4.

IV.

Es indudable, por tanto, que solo el existir una Sociedad tal, el solo mostrarse al mundo, es de por sí un bien muy considerable, una prenda de salud y de bendicion.

Pero esa Sociedad ha hecho mucho más que mostrarse solamente al mundo: ¿cuáles son, pues, sus obras?

De una Sociedad que cuenta apénas diez meses de vida, seria pretension loca y ridícula querer que se hubieran obtenido ya resultades grandes y sensibles. Claro es que ántes de obrar conviene existir, y que para dar la existencia á un cuerpo

moral, mayormente siendo tan vasto, para organizarlo, disponerlo y hacerlo apto para obrar espeditamente, se requieren no dias, sino largos meses. ¿Quién ha pretendido jamás de un árbol corpulento que apénas arrojada en la tierra la primera semilla se desarrolle del momento como por encanto, cubriendo de nudos su tronco, extendiendo sus largos brazos cubiertos de ramas y cargándose de frutos maduros y deliciosos? Y sin embargo en este bello árbol, con todo y ser tan reciente, no han faltado los frutos; quien tenga deseo de conocerlos distintamente, lea el opúsculo que los expone uno á uno, y estoy cierto de que encontrará allí con gusto ámplia materia para satisfacer su deseo, en verdad justo y recomendable. En cuanto á mí, no debiendo hacer ahora una exposicion completa de tales frutos sino presentar por vía de ejemplo una rápida muestra, haré como la aveja que vuela ligera de flor en flor libando su cáliz.

V.

El primer pensamiento, la primera mirada de la Sociedad Romana se volvió al Vaticano, como debia ser; esto es, á la más sublime de las autoridades, y convertida en objeto de mayor veneracion todavía, por la más augusta de las desventuras. ¡Ah! si el consolar á la adversidad es obra siempre noble y santa, ¿qué será el alivio dado á

aquel dolor inefable, que más que cualquier otro tiene su orígen en el dolor del Gólgota? ¡Ah! si el Vicario de Cristo ve ahora desde su Calvario á los soldados que juegan alegremente al pié de la cruz sus sagradas vestiduras por vosotros y en vosotros ve tambien á los Juanes piadosos estrechándose en torno suyo, para ofrecerle un tributo de compasion, de obsequio y de fé inalterable.

Y cuando el venerado Pontífice ajustó primero los años y despues los dias de Pedro, ¿quién fué el que reunió á toda Roma primero en la Basílica Vaticana, despues en la Madre y Maestra de todas las Iglesias, á dar gracias al Altísimo por aquel beneficio, y á impetrar nuevos años para una vida tan querida y tan preciosa? De vosotros vino el impulso que determinó tanto movimiento, de vosotros la chispa que suscitó tanto incendio: y si aquel memorable 23 de Agosto vió tanto fermento religioso, cuanto no se habia visto hacia mucho tiempo, la gloria de ello es vuestra, señores. Y aquella famosa felicitacion cubierta de veintisiete mil firmas y todas de personas respetables nacidas ó domiciliadas en Roma, que profesan plena adhesion á las doctrinas y á las protestas del gran Gerarca, ¿por quién fué concebida, y hecha circular por tantos manos, sino por vosotros, con aquella inmensa solicitud que no ven los hom-

bres, pero que el Angel del Señor sí ha registrado en el libro de oro? Si esta gran capital se mostró entónces digna de su nombre, si patentizó con tanta evidencia sus verdaderos sentimientos, si dió un solemne mentís á ciertas arengas que se queria hacer correr por su cuenta, vuestra tambien, vuestra es la gloria.

Y por todo esto fué muy féliz el pensamiento de ofrecer al Pontífice aquel *Nazionale* en que la preciosidad del trabajo superaba á la de la materia: para que así como en otro tiempo el gran sacerdote en ciertas funciones solemnes llevaba escritos sobre el pecho los nombres de las doce tribus de Israel, del mismo modo este nuevo Aaron en el esperado dia de sus triunfos portase sobre el corazon como un recuerdo de aquella fé y amor que le profesaba la Sociedad en el dia de sus humillaciones.

VI.

Tener alto concepto y ferviente degocion al Romano Pontificado así como era el gravísimo de entre los intereses católicos, fué tambien el principal cuidoad de la Sociedad, pero no el único. Ella vió multiplicarse otras mil necesidades en el órden religioso, y corrío solícita á repararlas.

Vió á Jesus en el Sacramento de amor, cuando es llevado á confortar la agonia del moribundo y allanarle el camino del cielo, y encontró que en su tránsito por nuestras calles era despreciado, ó dejando en abandono: entónces los sócios de diversas comisiones corren á hacerle el debido cortejo, y con su presencia y con el canto devoto dan á Dios gloria, un saludable ejemplo á los que los ven, y se suscitan buen número de imitadores.

Vé que el objeto más tierno de nuestro amor, María Santísima, en su templo mayor sobre el Esquilino, es defraudada este año del tributo acostumbrado que le daba la ciudadanía romana, é intérprete fiel de Roma Cristiana, llena este indigno hueco á sus expensas.

Vé á un tiempo mismo heridos cruelmente los sentimientos religiosos de Roma y del mundo con el execrable banquete del Viérnes Santo, y, trémula de ira, contrapone á la sacrílega orgía de los nuevos Baltazares los ayunos de los Danieles y de los Bautistas: cuidó tambien de que la negra impiedad fuese rechazada de otra manera, y fué, estableciendo en la iglesia más cercana un ejercicio peremne de reparacion, que recordando el insulto, perpetuase igualmente la satisfaccion.

Junto á estos escándalos que fueron horribles, pero pasageros y parciales, vió levantarse otros,